



La Santa Sede

MISA EN SUFRAGIO DE LOS PAPAS PABLO VI Y JUAN PABLO I

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Jueves, 28 de septiembre de 2000

1. *"Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas" (Lc 12, 35).*

En el evangelio, Cristo invita muchas veces a sus discípulos a la *vigilancia*. Se trata, más bien, de un verdadero mandato: ¡vigilad!, ¡estad preparados! Ese mandato resuena hoy para nosotros, venerados hermanos, durante esta celebración, en la que nos reunimos en torno al altar del Señor para ofrecer su sacrificio en favor de las almas elegidas de los Sumos Pontífices Pablo VI y Juan Pablo I. Y es conmovedor, en este momento, pensar en ellos e imaginarlos a ambos "con la cintura ceñida y las lámparas encendidas", preparados, gracias a sus virtudes personales y a su ministerio, para su encuentro definitivo con Cristo Señor.

En el Papa Luciani, en particular, se verificó a la letra la bienaventuranza de los servidores a quienes el señor, al "llegar entrada la noche" (Lc 12, 38), encuentra en vela. La impresión profunda que dejó en el corazón de los fieles, a pesar de los pocos días que duró su pontificado, atestigua que era vigilante, en su solicitud por toda la Iglesia.

2. Este año la tradicional celebración en sufragio de mis venerados predecesores [Pablo VI](#) y [Juan Pablo I](#) adquiere, debido a este tiempo de gracia jubilar, un significado especial y una ulterior eficacia espiritual.

Si se considera atentamente, esta eficacia no redundará sólo en beneficio de las almas de nuestros hermanos difuntos, sino también de todos nosotros, aquí reunidos en oración. En efecto, si podemos ofrecer sufragios en su favor, ellos, del otro lado del umbral de la muerte, nos invitan a meditar en la meta última de la *peregrinación* terrena.

3. "¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?" (Rm 8, 35). Es el apóstol san Pablo quien

formula esta pregunta. Conocemos la respuesta: el pecado aparta al hombre de Dios, pero el misterio de la encarnación, pasión, muerte y resurrección de Cristo ha restablecido la alianza perdida. Nada ni nadie podrá apartarnos jamás del amor de Dios Padre, revelado y actuado en Cristo Jesús, mediante el poder del Espíritu Santo. La muerte misma, privada del veneno del pecado, ya no atemoriza: para quien cree, se ha transformado en un sueño que preludia el descanso eterno en la tierra prometida.

El libro de la Sabiduría nos ha recordado que "el justo, aunque muera prematuramente, encontrará el descanso", porque "agradó a Dios y Dios lo amó" (*Sb* 4, 7. 10). ¡Qué gran amor sintió el Padre por los venerados Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II! Los llamó a la fe, al sacerdocio, al episcopado y al ministerio petrino. Los enriqueció con innumerables dones de sabiduría y de virtud. Y nosotros, mientras rogamos a Dios por ellos, con la seguridad de que "la gracia y la misericordia son para sus elegidos" (*Sb* 4, 15), le damos gracias por haberlos donado a la Iglesia, que fue y sigue siendo edificada por su testimonio y su servicio.

4. "Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo" (*Sal* 41, 3). Esta sed, que los Papas Montini y Luciani experimentaron intensamente, se saciará cuando "entremos y veamos el rostro de Dios" (cf. *Sal* 41, 3).

En el ejército de los espíritus bienaventurados, que ya contemplan la gloria divina, acaban de entrar dos Pontífices romanos: [Pío IX](#) y [Juan XXIII](#). A su especial *intercesión* encomendamos hoy nuestra oración de sufragio, para que, en la liturgia del cielo, Pablo VI y Juan Pablo I avancen "hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza, en el bullicio de la fiesta" (*Sal* 41, 5).

Que los acoja, ante el trono del Altísimo, la santísima Virgen María, en cuya inmaculada belleza podrán admirar, finalmente perfecta, la de la Iglesia, a la que amaron y sirvieron en la tierra.